

EL HÉROE
DEMONIOS DE OCASIÓN I



A. M. Fuentes

El amor puede surgir en cualquier situación o lugar, mas algunas veces surge de quien menos te esperas o en la situación más complicada. Catherine decide ir andando al pueblo de al lado para reunirse con su tío, cuando el destino la coloca en una situación muy grave, solo un héroe podrá llevarla con vida a casa de éste.

Autor amigo de ePubLibre: La autora ha cedido libremente el libro para su distribución gratuita a través de www.epublibre.org.

Quiero dedicar *El Héroe* a todos aquellos que me apoyaron en el momento de su elaboración, publicación y publicitación. Más de uno no ha recibido las merecidas gratificaciones finales. Pero que sepáis que os tengo en cuenta.

También quiero dar las gracias a mi ex, que me medio soportó cuando se gestaba este libro. Ya puedes ver que al final, sí hice algo con él.

Pedir perdón a mi hija, que más de una vez se sentiría abandonada mientras su mamaíta estaba en sus mundos imaginarios.

Y a mi madre, que creyó lo suficiente en mi para comprarlo en cuanto salió en internet. No soy tan inútil como algunos decían, ¿verdad mamá?

Y a ti, lector, que estás leyendo. Sé que me enredaré con la Saga, pero lo que viene detrás merece la pena, date la oportunidad de conocer a mis «Demonios de Ocasión».

Capítulo 1º

Catherine Nacht miró su casa por última vez. Era una pequeña edificación de estilo colonial con un pequeño jardín delantero y dos plantas.

Allí había sido criada desde que tenía apenas una semana de vida. Pero ahora, tenía que abandonarla para siempre.

El Sr. Simmons, de la inmobiliaria, estaba allí para recoger las llaves y colocar los carteles de vivienda a la venta.

Con un suspiro, Catherine le entregó las llaves, reticente.

El Sr. Simmons sonrió y tomó las plateadas piezas.

—¿Está seguro que no hay problema con que deje la mayoría de mis cosas dentro? —Le preguntó, insegura.

—No hay ningún problema, señorita Nacht. En Simmons & Simmons nos enorgullecemos de cuidar las viviendas que nos son entregadas. Además, el que sus pertenencias estén ahí algún tiempo ayudara al fotógrafo a que pueda sacar de su casa un reportaje cálido y hogareño. Después mandaremos al equipo de mudanzas a recogerlo todo y le será enviado allí donde nos indicó.

Catherine hizo una mueca con sus labios. Había pedido que enviara todo a la casa de su tío John, aunque él no sabía aun que iba a recibir la visita de su única sobrina.

Aquella misma mañana le había puesto un telegrama diciéndole que, tras la desaparición de sus padres, ocurrida en un accidente aéreo cerca de la cordillera de los Andes, no podía hacerse cargo del mantenimiento de la casa y ne-

cesitaba que la acogiera mientras encontraba un trabajo. Porque esa era otra. Acababan de despedirla nuevamente. ¿Qué culpa tenía ella de tener boca de cabra? Además, si tanto se jactaban en su antiguo trabajo de no creer en los gafes, ¿porque la habían despedido con una mirada atravesada y una excusa patética?

Con un nuevo suspiro, se ajustó los tirantes de su mochila, agarro su maleta y se dirigió a la terminal de autobuses, no fuera a perderlo.

La terminal de autobuses estaba apenas a dos kilómetros a pie de su casa, pero, con la carga que llevaba, tardaría sus buenos quince minutos en llegar. Miro su reloj de pulsera y enfiló calle abajo.

Tenía que dirigirse a Riverblood, una pequeña localidad situada a 30 kilómetros al sur de Seattle, donde vivía.

Catherine era una joven pelirroja, de unos 23 años de edad, de 1,70 de estaturas y ojos verdes. Delgada, sin llegar al extremo, y bonita a pesar de sus gafas de gruesos cristales. Nunca se había puesto lentillas porque decía que, si Dios la hubiera querido sin gafas, no le habría dado tantas dioptrías en la vista. Por lo demás, tenía una salud envidiable, solo empañada de vez en cuando con los típicos catarros de cambio de estación, de los que nadie estaba a salvo.

Vestía unos vaqueros algo gastados, pero que eran los más cómodos que tenía en su armario, unas deportivas de color oscuro, más aptas para andar que las zapatillas de deporte por su suela flexible, una camiseta de manga corta color azul con un cómico gato bailarín tipografiado en el frontal y una chaqueta de estilo vaquero que había visto demasiadas lavadoras y comenzaba a deshilacharse por las costuras, pero que era muy cómoda.

Catherine andaba a buen paso, sin asfixiarse, pero sin entretenerse, con una media sonrisa en los labios y los cristales de las gafas cubiertos por un accesorio cristales oscu-

ros que se sujetaban con una pinza a la montura, permitiendo así que viera y que el sol no la deslumbrara.

Era temprano, apenas las siete y media de la mañana, y la ciudad comenzaba su rutina habitual. Los empresarios abrían las puertas de sus negocios, la prensa ya estaba disponible en sus dispensadores o en los kioscos de revistas, hombres y mujeres, andando o en coche, dirigiéndose a sus trabajos, mientras sus familias terminaban de arreglarse para ir a la escuela, instituto o universidad.

Generalmente ella, a aquella hora, habría estado levantándose y ayudando a su madre a hacer el desayuno, mientras su padre se arreglaba para ir al despacho.

Se entristeció al pensar que a su padre le faltaba apenas un año para jubilarse.

Y es que su llegada al mundo se había hecho esperar. No era porque sus padres no lo hubieran intentado con clínicas de fertilidad y tratamientos de todo tipo. Tampoco es que ellos no fueran fértiles, simplemente, su madre no concebía, a pesar de los esfuerzos por ambas partes.

Hasta que aquel año, tras tirar la toalla y tomar la decisión conjunta de que podrían adoptar, llegó su momento.

Por ello fue una niña muy querida y mimada. Su padre ya tenía 41 años, y su madre rondaba los 38.

Pero aquel viaje que se habían regalado ambos para visitar las ruinas de Machu Picchu, en Perú, lejos de ser una segunda luna de miel por sus bodas de plata, había sido la ruina de los tres.

Además, como habían sido dados por desaparecidos en las montañas cercanas a Huánuco, antes de llegar al aeropuerto de Lima. La densa niebla que se había formado en aquel aciago día, había hecho que el avión se estrellara. De los 120 pasajeros y tripulantes, 43 habían muerto y 7 habían desaparecido. Los 70 supervivientes localizados estaban en mal estado, pero aguantaron hasta ser rescatados por los servicios locales.

Sus padres, junto con los otros 4 pasajeros y una de las azafatas en la parte trasera del aparato cuando esta se separó del resto.

Catherine sacudió la cabeza al tiempo de llegar a la central de autobuses y se desprendió de aquellos tristes pensamientos. Tenía que conservar la esperanza de que, tarde o temprano, sus padres fueran encontrados, sanos y salvos, en la cordillera andina.

Miro su reloj de pulsera nuevamente, para asegurarse de la hora que era y frunció el ceño al ver que la aguja seguía marcando las siete y media.

«Venga hombre, ¿te me vas a morir tú también?», le pregunto mentalmente a su reloj mientras lo golpeaba con un golpe seco con el dedo índice. Miro a su alrededor y descubrió un reloj colgado sobre las taquillas donde vendían los pasajes de autobús.

Este marcaba las ocho y diez y su autobús salía a las ocho en punto.

Dando un respingo, Catherine comenzó a correr mientras una voz en *off* aflautada anunciaba por los altavoces que el autobús hacia Riverblood hacia su salida del apeadero número 7.

Catherine corrió como alma que lleva el diablo, esquivando a los viajeros que estaban en la terminal esperando o bajando de los demás autocares. Tenía que cruzar toda la terminal.

Ella había tomado como un buen augurio que en el billete le hubieran asignado el asiento 7 y que tuviera que esperarlo en el apeadero con el mismo número. Pero parecía que su mala suerte la perseguía nuevamente.

Jadeante, llego al lugar, al tiempo de ver como el autobús arrancaba y comenzaba a avanzar. Catherine corrió tras él, con su maleta en la mano, la mochila colgando y rebotando, el pelo revuelto y la cara sonrojada por el esfuerzo. Casi llorando de rabia, observo como el autobús se unía al tráfico y desaparecía.

Era el único que, hacia aquel trayecto directo al día, no había más, y el billete, aunque económico, no tenía devolución.

No podía regresar a su casa y volver al día siguiente, porque el Sr. Simmons tenía el juego de llaves y sería muy humillante tener que presentarse en su oficina para pedirle que se las devolviera por un día.

Dispuesta a no dejarse hundir por la situación, se sentó en uno de los bancos que había en la terminal y reviso el dinero que llevaba encima por sí había suficiente para pagar el billete y una habitación de hotel. Era quedarse en la terminal y sus alrededores una terrorífica noche o decidirse a aventurarse a ir andando hasta Riverblood.

Tampoco es que estuviera tan lejos, era temprano, y la ciudad la podría cruzar en los autobuses urbanos.

Se peinó los cabellos con los dedos y se puso en pie decidida. Nadie podría decir que un Nacht no era valiente.

Y arrastrando su maleta, salió de la terminal de autobuses, rumbo sur.

Tomó un autobús en la calle Madison que la dejó cerca de la 8ª con S. Charles y desde allí busco la nacional que la llevaría hasta Riverblood.

Tras meterse en un supermercado y aprovisionarse de agua y comida, tomo la carretera y salió de la ciudad con los auriculares de su iPod en los oídos y la esperanza de que no le lloviera por el camino, porque, aunque estaban en mayo, la temporada de lluvias aún no había sido dada por terminada y de vez en cuando podía caer un chaparrón.

Poco a poco, la ciudad fue dando paso a zonas menos habitadas y pronto había frondosos bosques que bordeaban la carretera.

Si iba a buen ritmo, quizás llegaría a la pequeña ciudad para el anochecer y no le costaría mucho llegar a casa de su tío, Aunque nunca lo había visto.

Su tío John Nacht era un total misterio para ella. Solo sabía que era 2 años mayor que su padre, que era moreno,

que tenía una empresa que había montado hacía cuarenta años y que, a pesar de que había sido uno de los solteros más cotizados de la época en que sus padres se casaron, seguía soltero, y nunca se le había sabido de ningún romance.

Para Catherine estaba claro. Su tío John era como ella.

Para navidad siempre le mandaba algún regalo curioso, como la vez que le mando una pieza de ordenador. Durante su infancia siempre se había enfadado con su tío por aquellos regalos absurdos. Más adelante descubrió, gracias a una nota mandada por una de sus secretarias, que su tío era un hombre bastante despistado para según qué cosas. Junto a ella, recibió un precioso jersey de cachemira y la petición que le devolviera la pieza del ordenador, pues era un artefacto para un cliente.

Con aquel episodio, averiguó que en casa de su tío se guardaban todos los regalos que este le había comprado a lo largo de los años, pero que siempre se despistaba y le mandaba otra cosa por error.

A veces llamaba, pero siempre a horas intempestivas, y su padre se lo decía al día siguiente, por no despertarla a mitad de la noche. Su madre se reía de aquellas cosas y ella presumía en el colegio de su tío loco.

Las extravagancias no terminaban ahí. En su cumpleaños, siempre le mandaba una cuenta de cristal y la misma nota. En ella: una cuenta por cada año de tu vida, ya falta una cuenta menos para que nos veamos. A ella le hacía gracia, y las guardaba todas en una bolsita de terciopelo que su madre le había fabricado.

Las cuentas eran piezas talladas, cada una con un símbolo distinto en ellas. 13 de ellas estaban hechas con cuarzo negro, que más adelante supo que era muy raro. Las demás eran cuarzos rosa, verde y azul y estaban talladas con el mismo dibujo en ellas. Todas eran de unos 5 cm de diámetro, con delicada textura, un agujero que las atravesaba,

como si fueran de un collar y formas variadas, dependiendo de cómo era cuando estaban en bruto.

Ella las atesoraba con cariño, porque sabía que su tío se las enviaba con cariño y eran realmente hermosas.

Al llegar las tres de la tarde, se sentó en un lado del camino y saco uno de los bocadillos que había comprado para comer.

Fue entonces cuando una caravana paro a su lado y un hombre de unos 50 años se asomó a la ventanilla.

Catherine sintió un escalofrío cuando el hombre sonrió con una fea dentadura.

—Hola guapa, ¿te has perdido? Si quieres te llevamos...
—Le dijo con una sonrisa cínica.

—No gracias, se dónde voy y ya estoy cerca de casa. —
Le contesto sin sonreír.

El hombre dejo de sonreír y le hizo un gesto al que conducía, al que no vio, y arrancaron de nuevo.

Catherine termino su bocadillo, le dio un último trago a su botella de agua y se puso otra vez en marcha arrastrando su maleta.

Poco podía suponer, que, a varios kilómetros de allí, la caravana paro en una cuneta y ambos hombres ocultaron la misma bajo una lona de camuflaje y se pusieron a esperar pacientemente, vigilando por turnos la carretera.

Pasaron horas hasta que Catherine llegara a donde estaban ellos. Faltaban apenas 5 kilómetros para entrar en Riverblood y ya comenzaba a anochecer.

De pronto, y cuando menos se lo esperaba, dos pares de manos salieron de la espesura y la atraparon, internándola en el bosque.

Aidan Geevar caminaba por una de las sendas del bosque tranquilamente. Regresaba del campo de tiro que tenía su amigo «Sargento» a las afueras de Riverblood.

Aunque no iba allí precisamente a afinar su puntería con las pistolas. No señor. A parte del campo de tiro, tenía un

campo de Paintball y una pista de obstáculos, donde entrenaba de vez en cuando para mantenerse en forma.

Viajaba a través del frondoso bosque porque le ayudaba a dar esquinazo a sol que caía sobre él mismo.

De 1,90 de estatura, cabello rubio rizado recogido en una pulcra coleta que le daba aspecto de pirata, piel dorada y ojos azules cubiertos con los oscuros cristales de unas gafas de sol, Aidan era el estereotipo del guapo de turno.

Estaba en forma, y eso se notaba por su vientre liso y sus abultados brazos, cubiertos por las mangas cortas de una camiseta de color verde oscuro y chaqueta de camuflaje. Las piernas, también fornidas, estaban ocultas bajo un pantalón a juego con la chaqueta y sendas botas militares con puntera metálica.

Caminaba lentamente, pues generalmente, a aquella hora, estaba en casa durmiendo, hasta la puesta de sol. La pereza más el ejercicio físico, adormecía sus sentidos, aunque no lo suficiente para impedir que siguiera avanzando hasta la ciudad.

A partir de que cayera el sol, haría lo que restaba de camino en menos de diez minutos.

Sonrió mostrando una blanca y perfecta dentadura, en la cual asomaban, como si se tratara de un animal, cuatro afilados colmillos, dos superiores, y dos inferiores. Estos le latían de sed, pero Aidan controlaba ya perfectamente sus apetitos.

Él pertenecía a una de las cuatro familias fundadoras de la ciudad.

Para la población general, estas familias, procedentes de Centroeuropa, eran de las más ricas y poderosas de su pequeña comunidad de cinco mil habitantes. Para el resto de la población, constituida por doscientos vampiros, treinta licántropos y algunos demonios, eran el Consejo Primario.

Por supuesto, tenían un alcalde humano, pero la mayoría de los cargos importantes eran miembros de la pobla-

ción que llevaba más de doscientos años ocupando el territorio.

Estaban los Geevar, los Godfree, los Everson y los Riverblood, de los cuales había tomado nombre la ciudad. Todos ellos vampiros, los cuales habían migrado de Europa cuando el nuevo mundo fue descubierto, con la esperanza de vivir en paz con el resto de pobladores del planeta.

Y así fue durante aquel tiempo. La Población Secreta, como se hacían llamar, era respetuosa con la ley y no se metían en grandes problemas, por lo que jamás salían a la luz sus naturalezas.

Quizás de vez en cuando un licántropo era sorprendido transformándose por algún humano curioso, pero entonces iba a hablar con su padre, el Jefe de Policía, para poner la denuncia, y este lo devolvía a su casa con un pequeño dolor de cabeza y la sensación de que había bebido más de la cuenta en la Cantina de Bill.

La vida era buena para todos, no había mucha delincuencia, siempre había algo que hacer y disfrutar.

Estaba a menos de 5 kilómetros de la ciudad, cuando escucho un grito amortiguado y unas risas sádicas. Estaba a punto de seguir su camino, ignorando lo que fuera que pasara, cuando las palabras de un hombre le llegaron al oído con brutal claridad, junto con el sonido que hacía un puño golpeando carne tierna.

Automáticamente cambio de dirección, produciendo el menor ruido posible y descubrió en el interior de un pequeño claro próximo a la carretera, una caravana camuflada y una pequeña hoguera.

Observo más detenidamente el claro hasta ver, junto a la parte trasera del vehículo, un árbol rodeado con dos gruesas cuerdas.

La primera estaba en la base del árbol, y la segunda a poco más de metro y medio de altura en el tronco del mismo. Las voces procedían del lado que daba al bosque y de vez en cuando se veía la silueta de dos hombres que pare-

cían divertirse con lo que fuera que tenían agarrado al árbol.

Curioso por naturaleza, y aun escondido en la espesura, rodeo el claro hasta situarse a una distancia prudencial del árbol y de aquellos hombres.

Los ojos de Aidan se abrieron completamente, expulsando la pereza de su cuerpo, al ver la escena que se desarrollaba a escasos cinco metros de donde estaba escondido.

Una mujer amordazada y atada por las muñecas al grueso tronco, luchaba para evitar que dos hombres la inmovilizaran contra el árbol. La camiseta azul estaba rasgada de arriba a abajo por la parte frontal, y el sujetador también. La chaqueta vaquera era lo único que cubría el delgado torso de la mujer. Los ajustados vaqueros estaban sucios y le faltaba una zapatilla.

Uno de ellos era gordo, de aspecto desaliñado y pelo sucio. Rondaría los cincuenta años y reía mientras ataba uno de los pies de la mujer al tronco con la cuerda que había visto en la base.

El otro, alto y delgado, de unos treinta años, totalmente pelado a cero, sujetaba el otro pie e intentaba atarlo al tronco a medio metro del otro, sin mucho éxito al principio, pues la joven se debatía bajo sus manos con furia.

—Estate quieta, puta. —Insultó el hombre más joven con voz calmada y fría. El más viejo terminó de asegurar el tobillo y se desplazó para ayudar a su compañero, recibiendo a cambio una patada en plena nariz, la cual comenzó a sangrar.

Jurando que la mataría, el viejo sacó una navaja de su cinturón mientras el otro intentaba recuperar el control sobre la pierna libre. Solo las ataduras, contra las que la joven se revolvió, conseguían mantenerla en posición vertical.

—Te vas a arrepentir de esto, guarra. —Amenazó el gordo con la navaja en la mano, cuya hoja media 15 cm aproximadamente y era delgada como un estilete. Y sin detener-

se a pensar, se aproximó a ella, realizando un movimiento diagonal a la altura del vientre de la joven que grito con la mordaza en la boca.

Los ojos de Aidan mutaron del azul intenso a un rojo oscuro al tiempo que comenzaba a gruñir. Ambos hombres, al oír el gutural sonido, se volvieron hacia el bosque para ver saltar a un enorme lobo gris desde la densa vegetación.

El animal, furioso, ataco primeramente al hombre más bajo, que era el que portaba la navaja, y con una feroz e inteligente dentellada, desarmo al hombre, que grito al notar los afilados colmillos en su muñeca.

Mientras, el segundo individuo, pasmado ante lo que veía, tardó en reaccionar los segundos suficientes para que el enorme lobo atacara la yugular de su compañero, el cual se debatía bajo el peso del enorme animal, incapaz de moverlo.

El lobo arranco un trozo de carne antes de alzar la mirada y saltar contra el segundo. El hombre grueso se llevó ambas manos, la ensangrentada y la sana al cuello, sintiendo como la vida se le escapaba junto con la sangre.

Apenas habían pasado quince segundos y ambos adversarios se contemplaban mientras la joven perdía el conocimiento y el hombre mayor palidecía y comenzaba a respirar de forma irregular. Su pecho y la ropa que lo cubría estaban cubiertos de sangre, la cual despedía un olor dulzón que distrajo lo suficiente al cánido para que el otro alcanzara una gruesa rama caída como defensa. La navaja estaba a escasos centímetros de la pata delantera derecha del lobo, que levanto la cabeza de nuevo hacia su contrincante al percatarse del movimiento de este.

Hombre y lobo se observaron durante algunos segundos, uno calculando si sería capaz de huir antes de que el lobo le alcanzara y el otro gruñendo y mostrando sus blancos dientes.

El hombre le lanzo la rama, en un intento de distraerlo y corrió hacia la caravana, dejando abandonado el cuerpo de

su compañero y de su víctima al apetito del lobo. La rama cayó en el punto donde un segundo antes había estado el lobo, que saltó hacia atrás para esquivarla, y al darse cuenta de la retirada de su enemigo, se lanzó en su persecución a grandes zancadas.

Cuando él rozaba el manillar de la puerta trasera de la caravana, caravana no estaba cerrada con llave, el lobo abrió la boca y clavó sus dientes en uno de los tobillos con fuerza. Con un grito de dolor, el villano dio una patada al lobo en el costado, dejándolo sin aliento y obligándolo a abrir la boca y rápidamente se deslizó en el interior del vehículo, cerrando la puerta con llave justo cuando el lobo se disponía a atacar.

Atrapado en el interior, se arrastró hacia la parte delantera, y se sentó en el asiento del conductor.

El lobo, como si hubiera presentido el movimiento, corrió hacia el asiento del copiloto por el exterior, cuya ventanilla estaba bajada y comenzó a saltar intentando colarse en el interior. Entonces, el hombre hizo girar la llave de contacto y el botón de subir la ventanilla, la cual acciono el mecanismo, pero ningún cristal subió para bloquear al lobo.

El lobo siguió saltando sin desanimarse, y casi había conseguido colarse, cuando el hombre arranco el vehículo, metió la marcha y piso el acelerador, abalanzándose sobre la carretera cercana.

El lobo, incapaz de perseguirlo, abrió la boca en una especie de risa y regreso rotando donde yacía la mujer inconsciente y el hombre muerto.

Tras observar a ambos, el lobo comenzó a retorcerse un segundo antes de incorporarse, completamente desnudo, con la apariencia de Aidan, el cual corrió junto al hombre, agarro la navaja y se desplazó hasta la mujer, comenzando a cortar las recias ataduras.

Depositándola con cuidado en el suelo, aparto el sucio pañuelo que habían usado para amordazarla y la observo